entrevistas en 4 capítulos

1

JUAN DE LA PLATA



Por Francisco AMORES

ENFERMO EN LA CAMA, APRENDI A LEER SOLO

CON TRES AMIGOS, EL AÑO 50, FUNDE LA PEÑA ARTISTICA DE FOLKLORE, ANTECEDENTE DE LA CATEDRA DE FLAMENCOLOGIA DE HOY

Por esas jugarretas del destino, no tengo carnet profesional de periodista, pero en la Prensa he hecho de todo

A entrevistas con personajes como Juan de la Plata, me abono todos los días. Aunque él parezca serio, ensimismado, ustedes no hagan caso. Es un tío simpatiquísimo, juerguista, amable, dicharachero, buenísima persona y, sobre todo, entendido, muy entendido en flamenco. Un momento, un momento. He dicho juerguista y aclaro: juerga normal, sana y sin más alturas. ¿Estamos? Una juerga en la que el cante sea principio y fin. Y unas copas de Jerez, claro. O muchas copas de Jerez.

—Juan: una soleá...

—Esta:

«Querer, no es decir «te quiero».
Es arrancarse los ojos,
y darlos al compañero.»

He venido a verlo al Ayuntamiento. Es funcionario. El Ayuntamiento de Jerez, el edificio, es una pena, penita, pena. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo pueden trabajar los funcionarios? Espero hasta que den las dos y media de la tarde, y Juan de la Plata, que se llama Juan Franco Martínez, haya firmado la «Hoja de salida». Cumplido el requisito, nos vamos. Un bar, al ladito. Y Juan que dice que contra más pronto mejor. Que bebamos. Bebemos. Me recita:

—Nací el 11 de mayo de 1932, en Jerez, en una casa que tenía mi abuelo en el número 21 de la calle Corredera. Enfrente había un bar —aún existe— que tenía una gramola. Desde mi casa escuché, con cuatro o cinco años, los primeros discos de cante de mis paisanos: Cepero, Chacón, El Gloria y Manuel Torres. Este último sería luego mi único ídolo flamenco, y lo sigue siendo, a pesar de que admire a otros muchos grandes artistas de hoy. Desgraciadamente no llegué a conocer a Manuel Torre, porque apenas tenía yo un año cuando él murió. Pero a través de sus discos, de lo que mi padre me hablaba de él (porque mi padre fue el gran aficionado que más tarde influiría decisivamente en mi afición), y de los contactos que he tenido con sus familiares, he llegado a la conclusión que no había otro como él. Era único, genial...

Hemos llegado al bar «Río Viejo». Manolo, su propietario, nos atiende a las mil maravillas. Manolo —me entero al despedirme— es tío de Domínguez, un compañero en este A B C.

—En plena guerra, veraneando en el Puerto de Santa María, caí gravemente enfermo con septicemia. Conservo aún las cicatrices de aquella horrible enfermedad, que me produjo tantos abcesos de pus en todo el cuerpo. Mi buen amigo, el doctor Agarrado Porrúa, que estuvo conmigo en el colegio de San José, de los Hermanos de La Salle, está empeñado en hacérmelas desaparecer. Algo ha conseguido ya, gracias a sus conocimientos y a su interés hacia mi persona, cosa que tanto le agradezco.

Juan de la Plata parece que tiene prisa. La tiene. Ha abandonado infinitos deberes —menos el municipal— por atenderme. Pero le aguardan en numerosos sitios. Es hombre popular entre los populares. Dice:

—Después de pasar la enfermedad, a los siete años, mis padres se fueron a vivir al barrio de Santiago, a la calle Ancha, donde volví a recaer. Recuerdo que me dieron, como panacea milagrosa de entonces, el famoso «Paliano», que me puso totalmente bueno, aunque todavía conservo en la boca el sabor amargo y espeso del mismo.

—Pero mira qué bueno...

—Sí; en casa, estando enfermo en la cama, aprendí a leer solo, leyendo todos los libros que mi padre tenía en su extensa biblioteca. Cuando ya me puse bueno y comencé a ir al colegio, empezó a nacer en mí el gusanillo de la literatura. Recuerdo que por los años 40 y tantos, ya escribí novelitas de aventuras y obritas teatrales. Sin valor alguno, naturalmente. Escribía novelas y, también, hacía guiones para aventuras infantiles, que mi amigo Alfonso Navarro, un gran dibujante, me ilustraba con sus «monos». En abril de 1950 fundé, con mis amigos Manolo Pérez Celdrán, Alfonso Navarro y Manolo Otero, la «Peña artística del folklore», antecedente de esta Cátedra de Flamencología de ahora, que integramos, en un principio, en el antiguo Centro Cultural Jerezano, como sección especial del mismo. Nos reuníamos todos los domingos un grupo de chicos y chicas para hablar de cantes y para cantar y bailar nosotros, aunque te diré que, por entonces, apenas si me atrevía a tocar las palmas.

EN MI PROGRAMA RADIOFONICO «FLAMENCOLOGIA» FORMO A LA AFICION Y DOY NOTICIAS DEL MUNDO FLAMENCO

—¿Y eso?

—Por lo rematadamente mal que lo hacía. Pero, poco a poco, gracias a Celdrán, que cantaba muy bien, y a Manolo Otero, que era un guitarrista excelente, fui cogiendo el compás a los diversos estilos flamencos. En 1947 ya había comenzado a escribir en «Ayer», de Jerez. Ramón García Pelayo, redactor-jefe por aquel entonces, me encargó de la sección de «Sucesos», ya que yo ayudaba a mi padre, que era funcionario del Juzgado. Allí me enteraba de todos los robos, accidentes y riñas que se producían, y allí escribía mis cuartillas, que luego mandaba al diario. Más tarde, con Daroca de director y mi inolvidable «Miorgo» como redactor-jefe, pasé a escribir otras cosas. Prácticamente, de todo: entrevistas, reportajes, críticas de espectáculos, gacetillas y notas informativas de actos culturales...

—Juan, no sigas; que me veo en los albañiles.

Sonríe. Alza la copa. Pide unos aperitivos. Y prosigue:

—Me ayudaron mucho, y a Daroca y a «Miorgo» debo lo poquito que sé de esta apasionante profesión. Mientras tanto, en 1951, se había despertado en mí la vocación poética. Hice poemas y fundé el Grupo Atalaya de Poesía, con un lema y todo —«creer y crear»—, que vino a unirnos en principio a Manolo Pérez Celdrán, Esteban Pino Romero y, algo más tarde, a nuestro reciente Premio Nacional de Literatura, Manolo Ríos Ruiz, el más joven del grupo. Colaborábamos en diversas revistas poéticas y hacíamos la nuestra, que yo mismo escribía a máquina, en tirada limitadísima, como puedes imaginar. También hicimos algunos números hablados de esta revista, pero dándole un carácter más periodístico. Entre todos, por otro lado, llevábamos la direc-

ción del Centro Cultural, que luego convertimos en Ateneo. Con nuestro grupo Atalaya colaboraron los poetas Angel García López, Francisco Toledano y otros. Nos reuníamos en un viejo bar que había en la Lancería, llamado «La Moderna». Más tarde, en un saloncillo del Alcázar, donde instalamos la Cátedra de Flamencología.

—Bueno, poeta...

—Perdón. Mis años de poeta duraron poco. Sólo del 51 al 63, porque mis actividades profesionales y radiofónicas fueron, poco a poco, absorbiendo todo mi tiempo, con harto dolor de mi corazón; porque la poesía es para mí el más bello y puro de todos los géneros literarios.

—Deja la poesía; sigue en los periódicos, ¿no?

—Sí. Cuando dejé el periódico de Jerez, en 1954, fui corresponsal del diario «Sevilla» y del semanario «El Taurino», de Alicante. Esporádicamente colaboré en publicaciones como «El Español», «Pueblo», «Amanecer», «Voluntad» e «Informaciones». Gracias a «Miorgo», K-Hito me abrió las páginas, para mí entrañables, de «Dígame», el semanario más popular entonces de España. Desde 1950 estuve colaborando hasta su desaparición. En los últimos años escribía una página de flamenco. La primera de este tipo la había publicado, durante dos años, en «El Correo de Andalucía». En 1958 comencé a colaborar en Radio Jerez, donde hice mi primer programa divulgativo de flamenco, de treinta minutos de duración, cuando en la radio aún no se había hecho nada en este sentido que no fuera poner y poner discos, sin dar más explicaciones que el nombre del intérprete y el título de la placa. En esta emisora, hasta la muerte de mi buen amigo, primer director y fundador, Guillermo Ruiz-Cortina, estuve llevando la programación de flamenco. También colaboré en otras emisoras andaluzas. Por entonces, Domingo Manfredi, al que me unía una vieja y buena amistad, por nuestra común afición flamenca, me nombró corresponsal en Andalucía del Centro Emisor del Atlántico, en Tenerife. Al venir él a Sevilla pasé a ser corresponsal de la emisora sevillana. También de la central en Madrid, cargos que vengo desempeñando diariamente desde hace ya siete años, hablando y divulgando todas las cosas buena de mi Jerez y de los pueblos de esta comarca. Al crearse en Jerez una emisora de Radio Popular, pasé a formar parte de su equipo de redacción a partir de los primeros momentos. Y, casi al mismo tiempo, la agencia Cifra-Efe me asignaba la corresponsalía que vengo desempeñando desde el fallecimiento del anterior corresponsal, mi buen amigo Manolo Sambruno.

—¿Tienes carnet de periodista?

—Inexplicablemente, no. Creo que debido a esas jugarretas del destino. Muchos que acreditaron menos años de ejercicio sí que lo tienen. No obstante, como la radio absorbe casi por entero mi actividad profesional, desde hace quince años, logré inscribirme como especialista en programación en el Registro Oficial de Radio, legalizando mi situación, va para cinco años ya. Ahora hago, semanalmente, en Radio Popular, el programa «Flamencología», de una hora de duración, en el que recojo las novedades discográficas y las comento, realizo entrevistas y formo a la afición, ofreciendo noticias del mundo flamenco.



—Descansa, Juan, descansa.

Una copa. Otra sonrisa. Una pausa. Una copa.

—¿Por qué Juan de la Plata?

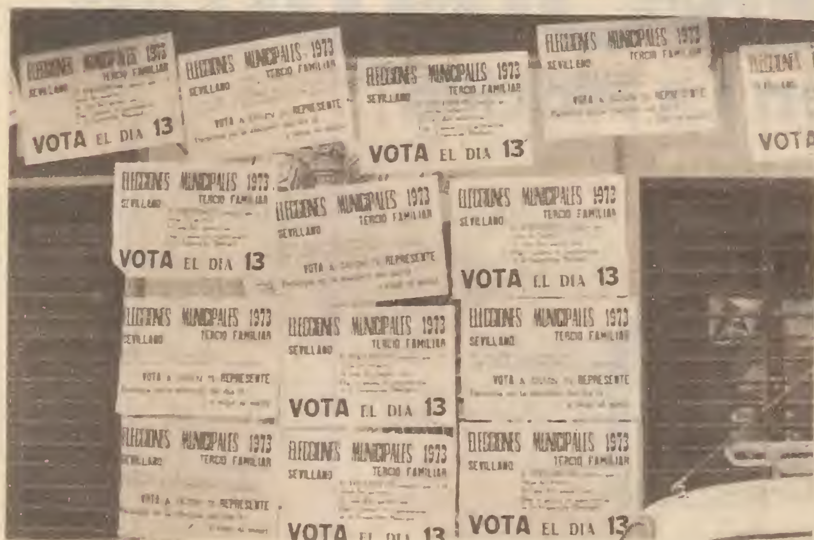
—Por haber vivido años en el barrio de La Plata.

El 23 de septiembre del 63 contrajo matrimonio con doña Concha Soto Lahera. Tienen dos niñas. Manolo, el de «Río Viejo», dice que quiere brindar. Brindamos ..

AMORES

Fotos: Peña Cáceres.





ANTE LAS PROXIMAS ELECCIONES MUNICIPALES



Con motivo de las elecciones municipales que tendrán lugar el próximo día 13, se invita a los cabezas de familia a que ejerzan su derecho al voto para renovar la mitad de los concejales por el tercio de familia. Para ello se ha iniciado una campaña que presta a nuestras calles singular aspecto. (Fotos Serrano.)

entrevistas en 4 capítulos

2

JUAN DE LA PLATA

Por Francisco AMORES

PRIMER PROBLEMA DE JEREZ: LA APATIA QUE NOS MARCA DESDE HACE SIGLOS, Y LA ABULIA QUE NOS HACE SER INDIFERENTES

Algunos que presumen de buenos jerezanos, a la hora de la verdad se esconden en su caparazón, egoístamente, para desde allí atacar, censurar y criticar



Por Jerez, con nuestro compañero Paco Amores.

JUAN Franco Martínez es «Juan de la Plata»; por este último nombre daréis enseguida con él. En Jerez, en los medios flamencos, en cualquier rincón del mundo donde una copla sea una copla y un cante se diga como debe decirse, allí os darán pelos y señales de Juan. El, por otro lado, donde se encuentra a gusto, muy a gusto, es en su Jerez.

—Amo a Jerez con todas las fuerzas de mi alma. Por este motivo no marché a Madrid, cuando muchos amigos me animaron a ello. No sé si me equivoqué, pero aquí estoy. Desde luego, creo que, profesionalmente, me perjudiqué bastante. En Madrid, donde marcharon amigos míos como Federico Villagrán, García López y Ríos Ruiz, tal vez sería hoy algo en un periódico importante.

—Sí, Juan. Pero, ¿y la Cátedra de Flamencología?

—Si me hubiera ido, hubiera dejado de existir.

—Lo ha dicho un hombre. ¿Qué te gusta más de Jerez?

—Sus barrios populares, tan abandonados desde hace más de un siglo. Me encanta discurrir por ellos, hablar con sus gentes humildes, sencillas; conversar con mis amigos los gitanos, escuchar este cante nuestro —tan viejo y tan distinto a todos—; pasear, pasear, pasear... Arquitectónicamente, me gusta mi iglesia de Santiago, a cuya restauración dediqué mi primera crónica en Radio Nacional, en 1966: la plaza del Arenal, cuyo antiguo sabor

Saber beber, como saber estar, es una cosa bastante difícil que muchos ignoran y nunca aprenderán del todo

Creo que el hombre anónimo que hace posible nuestros vinos debiera estar más atendido

se está perdiendo; la Colegial, el Alcázar, San Dionisio, y estas bodegas nuestras, verdaderos templos del vino, como tantas veces se ha dicho. ¡Ah! Y mi Cristo del Prendimiento.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—No me gusta el tráfico actual. Odio tanto coche y tanto ruido. Daría algo por vivir en una calleja tranquila, por donde no pasara ningún vehículo. Con decirte que no tengo coche, porque no me gustan los automóviles... Amo el silencio, la soledad. Diría que me son imprescindibles para poder vivir y trabajar en paz.

—¿Cómo repartes tu tiempo?

—De forma muy sencilla. Por la mañana, hasta las dos y media de la tarde, en el Ayuntamiento, del que soy funcionario. Por la tarde, entre la radio y la Cátedra, recalando en casa sobre las nueve de la noche, para redactar mis crónicas y noticias, con destino a la agencia y a Radio Nacional, antes de descansar. Mi vida actual es madrugar y no trasnochar. Me levanto sobre las seis, y a las doce de la noche suelo estar en la cama.

—Tú eres jefe de la Oficina Municipal de Información, ¿no?

—Sí; fue por designación del actual alcalde, quien me honró con ello. Pero, desgraciadamente, estoy más tiempo registrando documentos que facilitando noticias a los medios locales, que es lo que de verdad me gustaría, con total y plena dedicación de tiempo y esfuerzo. Creo que en ese puesto, dentro del Ayuntamiento, puedo servir más y mejor a Jerez, que en cualquier otro departamento. Ya sabes que la rutina —lo dijo mi admirado maestro Tomás Borrás— «es el método que castra». Soy, por naturaleza (como creo lo somos todos los que de una forma u otra nos dedicamos a la información), enemigo declarado de todo lo rutinario. La Oficina Municipal de Información necesita nuevos impulsos y estoy dispuesto a dárselos si se me faculta para ello. Estos, al menos, son mis deseos personales.

—Veremos, hijo, veremos. Te doy la razón. Pero... dime, Juan, ¿cuáles son los problemas de Jerez?

—Muchos...

—Dime el principal de todos.

—La apatía que nos marca desde hace siglos. La abulia que nos hace ser indiferentes y que nos inhibe de toda preocupación comunitaria. Hablo en términos generales, claro, porque existen las excepciones.

—Oye, ¿cómo es el jerezano?

—Muy individualista —creo que el resto de los españoles, también— y ese individualismo le hace encerrase egoístamente en su torre de marfil, ajeno a todo lo que de trascendental ocurre a su alrededor.

—Sin embargo, Juan, el jerezano tiene valores positivos...

—Justo; pero no los sabe encauzar. Tenemos casta, somos generosos, alegres, serviciales y muy trabajadores. Pero algunos, que presumen de buenos jerezanos, a la hora de la verdad se esconden en su caparazón egoístamente para, desde allí atacar, censurar y criticar sin piedad y duramente, al centenar de jerezanos que durante todo el año nos estamos partiendo el pecho por este pueblo que, como tanto lo queremos, cada día nos gusta menos.

—Juan: tómate una copa...

Luego de estas palabras he guardado silencio. Quiero meditar lo que acaba de decir este jerezano esforzado. Me parece que las cosas que ha manifestado le duele ponerlas de relieve, como a mí oírlas. Pero la verdad, ¿teme, ofende? Creo que no.

—Juan, el vino de Jerez...

—El ha hecho posible que existan buenos poetas y gente grande, noble y emprendedora; luchadores, hombres de empresa, mejores que los mejores. Pero también el vino es culpable de que exista gente egoísta que va a lo suyo sin importarle lo demás. Creo, sinceramente, que el hombre anónimo que hace posible este vino debiera estar más atendido. Por otra parte, es triste que muchos no puedan disfrutar de la Fiesta de la Vendimia, porque esos días de septiembre, precisamen-

te, ellos trabajan oscuramente en la viña, en el lagar o en la bodega, para que no falte nunca ese oro líquido que Dios nos dio a todos los jerezanos.

No sé, no me hagan ustedes caso, pero observo una profunda tristeza en las palabras de Juan. O él quiere decir algo más, o yo no entiendo de gentes ni de entrevistas. Pero calla. Y para callar se lleva la copa a los labios.

—Te gusta el vino, ¿eh?

—¡Claro que me gusta el vino! Desde niño lo vengo tomando y jamás me ha hecho daño. En el verano, los finos; y en el invierno, los olorosos. Pero con medida, dándole su tiempo a cada copa. Porque saber beber, como saber estar, es una cosa bastante difícil, que muchos ignoran, y nunca aprenderán del todo.

(Entre paréntesis, y aunque no venga mucho a cuento: recuerdo aquellos brindis que, teniendo yo unos veinte años de edad, escuchaba casi a diario a unos amigos mayorcitos. El brindis era: «Siempre borrachos y siempre correctos, y contra más borrachos, más correctos...». Aquí, naturalmente, se acaba el brindis. Y el paréntesis.)

—Juan: ¿qué es lo que más te gusta en el mundo?

Sonríe; tiene una media sonrisa que dice mucho y oculta poco. Juan es un tío formidable. Habrá que verlo en vena.

—¿Que qué me gusta más? Estar con cuatro amigos, sentados en un cuarto, saboreando unas copas y charlando apaciblemente.

—¿Y si alguien canta?

—¡Hombre! Entonces, mejor que mejor. Te voy a decir un secreto que jamás revelé a nadie.

—Adelante, Juan...

—A mí, donde de verdad me gusta el cante es en una reunión, donde el que canta sea profesional o aficionado, se sienta como uno más y no un divo en busca del efecto fácil y de los aplausos del público.

—¿No vas a oir flamenco a los teatros?

—¡Nunca!

—¿Y en los festivales que diriges?

—Estoy, pero no participo

—Hijo, me dejas...

—Verás: a mí, el cante donde de verdad me llega es en el cuarto o en una fiesta familiar, en cualquier patio gitano de Santiago; siempre con los míos, con la gente que yo conozco. Desgraciadamente, por mis muchas ocupaciones profesionales, hace años que no voy a ninguna fiesta de estas.

Nos vamos a comer a un rincón de Jerez, donde me han dicho que se está formidablemente bien. Pero, sí, sí. Resulta que hoy, precisamente hoy, está cerrado el restaurante por descanso del personal. Vamos a otro donde se trabaje. Y con tan buena fortuna que nos damos de cara con Fernando Ramírez, el pintor que muy prontito pasará por estas entrevistas.

—Pero, hombre, Fernando; buscándote por todo Jerez...

—Aquí estaba, ¿tomamos una copa?

—Vamos a por ella...

Juan de la P l a t a, Fernando Ramírez —que tiene gracia para dar y prestar— y el periodista siguieron hablando. Luego del almuerzo nos fuimos a la Cátedra de Flamencología. Y allí siguió nuestra charla. Fernando quedó emplazado para pronto. Dijo que sí, que conforme. Que tenía mucho trabajo, muchos cuadros que terminar.

—¿Juan: ¿qué tienes que hacer?

—Miles de cosas...

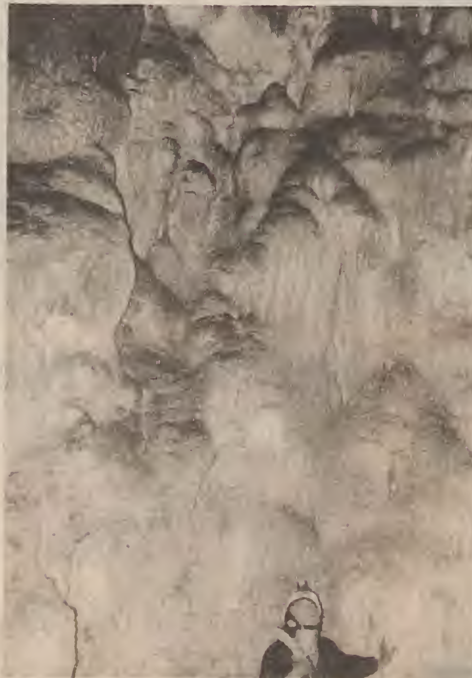
—Hijo: me acomplejáis, parece que yo no tengo más que hacer que firmar esto y esperar a mañana...

AMORES

Fotos: Peña Cáceres.

REGION







EXPLORACION ESPELEOLOGICA.—El grupo espeleológico «Glues» ha realizado trabajos exploratorios y de investigación en simas de las localidades de Villaluenga del Rosario y El Bosque, con interesantes resultados.



DISTINCION DEPORTIVA. — Don Rafael Carmona Roldán, de Radio Atalaya, de Cabra, que ha sido distinguido con el Trofeo Leafar por su dedicación informativa al f ú t b o l modesto.



DELEGADO DE SINDICATOS.-Don Manuel Caballo Janeiro, que ha sido nombrado delegado comarcal de Sindicatos de la zona de Ubrique y su demarcación.

entrevistas en 4 capítulos

3 JUAN DE LA PLATA

Por Francisco AMORES



MI PENA ES NO SABER CANTAR; SIN EMBARGO, SE ESCUCHAR Y SE DISTINGUIR. PARA ESO SIRVEN MUY POCOS

Hoy el flamenco está de moda en el mundo gracias a unos cuantos que lo levantamos hace años, cuando estaba totalmente hundido

CREO que en el transcurso de nuestras charlas, en más de diez ocasiones, he oído decir a Juan Franco, o Juan de la Plata, como ustedes quieran, eso de:

—El flamenco forma parte de mi vida.

—Tú, ¿sabes cantar?

—Te lo digo honradamente: mi pena es no saber cantar.

—Pero sabes muchas cosas del cante, ¿eh?

—Conozco los estilos, las formas, hago compás, toco las palmas y hasta me cantiñeo, pero antes que escribir, charlar por la radio u otra cosa me hubiera gustado ser un buen cantaor.

—Cantaor, ¿cómo?

—A la manera clásica de mi tierra.

—¿No te pasa algo parecido a lo que le ocurría a Manuel Machado?

—Justo; Machado, antes que poeta, suspiraba por haber sido un buen banderillero.

—No sabes cantar, Juan; pero tendrás alguna virtud en relación con el cante, ¿no?

—Sí; tengo una virtud. Bueno, creo que tengo esa virtud: que sé escuchar y que sé distinguir. Y para eso sirven muy pocos. Ese es mi consuelo.

—Juan: el flamenco y tú...

—El flamenco es para mí algo consustancial con mi propia vida, con mi propia manera de ser y de sentir las cosas, el arte y la música, por ejemplo. Sintiendo en flamenco me siento más andaluz que nadie, que también es, en el fondo, una forma de sentirse buen español. Tú sabes el grito de los flamencos antiguos, aquel que nuestro paisano Paz Varela llevó hasta las trincheras: ¡Viva España-Jerez! Ese es también mi lema como español y jerezano.

—Perdona, Juan. ¿Te gusta la política?

—¿A qué viene eso, hijo? Bueno, bueno. Lo siento, soy buen patriota, pero la política no la he logrado entender nunca. Será porque no me gusta ni me interesa. Para mí, la política es algo así como los fandangos para Manuel Torre; algo que, como decía el gitano de Jerez, «está en inglés».

—Bueno: sigamos con el flamenco...

—Sí, sigamos con el flamenco. Pero antes de hablarte de la Cátedra de Flamencología, la gran obra de mi vida a la que prácticamente vivo entregado, quiero decirte que hoy el flamenco está de moda en el mundo gracias a unos cuantos que lo levantamos hace algunos años, cuando estaba totalmente hundido. Y que hoy todo el mundo quiere ser flamencólogo, y apenas van a una fiesta ya se permiten escribir un libro, como si ello fuera lo más sencillo del mundo.

TODOS QUIEREN SER FLAMENCOLOGOS; APENAS VAN A UNA FIESTA, YA SE PERMITEN ESCRIBIR LIBROS, COMO SI FUERA LO MAS SENCILLO DEL MUNDO

—Tú, Juan, sí que has escrito un libro...

—En toda mi vida de aficionado —que yo no soy otra cosa que eso, un buen aficionado— no he tenido valor más que para escribir un libro de biografías de los artistas de mi tierra. Se llamó «Flamencos de Jerez», y lo publiqué en 1961. Tengo otras cosas escritas, pero no sé cuándo verán la luz. Entre ellas, una «Historia de los gitanos de Jerez»; un libro de coplas y unas memorias. También he escrito muchos artículos en la Prensa. Ahora mismo llevo una sección semanal en «La Voz del Sur», y un programa en Radio Popular de Jerez, que titulo «Flamencología». También hago crítica de libros y discos de flamenco en «La Estafeta Literaria». He dado conferencias sobre el cante en Jerez, Sevilla, Cádiz, Rota, Puerto Real, Sanlúcar y otros lugares. Por cierto, cuando hablé en el paraninfo de la Universidad de Sevilla recibí varios fuertes anónimos por meterme con los cultivadores de la «escuela melosa del cante», que a mí no me gustan nada, ni creo que aporten nada artísticamente: Marchena, Valderrama, el Malagueño y un largo etcétera.

—Me decías antes, Juan, que el flamenco lo levantaron unos cuantos. ¿Quiénes?

—Anselmo González Climent, Amós Rodríguez Rey, Manolo Ríos Ruiz, Pepín Caballero Bonald, Fernando Quiñones, Pepe Blas Vega, Antonio Murciano y algún otro poeta —porque fue una labor de poetas—, amén de un puñado de artistas puros, conscientes de su responsabilidad ante la historia flamenca: Antonio Mairena, Fosforito, Juan Talega, Aurelio, Terremoto y otros. Pero pocos otros, ¿eh? El que más trabajó por toda esta recuperación de nuestro rico tesoro musical, los cantes y bailes del pueblo andaluz, fue, indudablemente, mi llorado y querido amigo Ricardo Molina, un cordobés de pro, una de las máximas figuras de la poesía contemporánea y uno de los hombres con más sensibilidad para el arte que he conocido. Desgraciadamente se nos fue para siempre, cuando todos esperábamos más de su entrega total a esta labor.

—Juan, ¿qué es un flamencólogo?

—Un erudito del flamenco.

—¿Más?

—Un erudito, un investigador serio y capacitado, con cultura y con conocimientos suficientes para trabajar en pro del flamenco; no un señor cualquiera que se dedica a pontificar y a decir tonterías sin haber vivido antes muchos años de aficionado, con humildad de catecúmeno casi. Esos «flamencólogos» de pacotilla son los que andan confundiéndolo todo, diciendo barbaridades y haciendo mucho daño en suma, a nuestro arte y a las nuevas promociones de aficionados.

—¿Es hora de que me hables de la Cátedra de Flamencología de Jerez?

—Es hora. La fundamos, en 1958, Manolo Pérez Celdrán, Manolo Ríos y yo, con el aliento y el estímulo de dos grandes jerezanos: Julián Pemartín y don Tomás García Figueras, éste alcalde por entonces; dedicándonos, ya sin descanso, a organizar actividades que han proseguido hasta hoy. Quince años consecutivos celebrando cursos de charlas formativas, publicando libros y folletos, dando conferencias, recitales artísticos, celebrando festivales, promocionando artistas nuevos... Entre otros, la cátedra lanzó a Mu-

ria Vargas, El Agujeta, Solera de Jerez, Manolo y Ana Parrilla, Diego de Margara, etc., y apoyó a otros muchos que ya estaban consagrados.

—¿Labor siempre positiva?

—Siempre.

—¿Nunca habéis ido contra nadie?

—Nunca. Incluso fuera de Jerez hemos colaborado en la organización de actos culturales pro-flamenco, como el primer ciclo de conferencias y recitales celebrados en Cádiz, y la I Semana Universitaria de Flamenco, de Sevilla. También en Madrid, con la colaboración de la Subdirección General de Teatro, hace tres años que venimos celebrando, con gran éxito, nuestro Festival Flamencología.

—Me dijeron que vuestra cátedra es una «peña»...

—¡No lo es! Es y quiere ser algo más que eso. Se trata de un centro cultural artístico de ámbito provincial. Una de sus misiones, precisamente, es la de coordinar la actividad de todas las peñas que vienen proliferando últimamente, no ya en toda España, sino también en parte del extranjero. Nuestros contactos con ellas, hasta el momento, son bastante amistosos y llenos de la mejor voluntad. Principalmente con las más cercanas a nosotros: la de Los Cernícalos, de Jerez; la Tertulia Flamenca de Ceuta; La Dabla, de Lebrija; la Tertulia de Radio Sevilla; la Peña El Mellizo, de Cádiz, y otras muchas. Incluso colaboramos con algunas de ellas y con los Ayuntamientos de pueblos en la organización de concursos y festivales.

—Dos proyectos ambiciosos tenéis ahora mismo entre manos. ¿Cuáles son?

—En estudio, todavía, ese que te acabo de decir de coordinar la actividad de todas las peñas flamencas. Algo así como una Federación de Asociaciones y Peñas Flamencas, con cabecera en Jerez, bajo la tutela de la cátedra. El otro, ya aprobado por el Ministerio de Educación y Ciencia, es la instalación del Museo del Arte Flamenco, que será único en el mundo. Precisamente, en estos días vamos a constituir oficialmente el patronato rector del museo, en el que estarán representados los estudiosos del flamenco, los artistas, las peñas, los músicos andaluces, las artes plásticas, etc.

—A ver, a ver. Háblame del museo...

—Tuvo, en principio, una ubicación que no reunía suficientes garantías de seguridad; por eso tuvimos que abandonarla y buscar otra. Ello nos ha hecho perder unos meses hasta encontrar el sitio ideal: una preciosa bodega del siglo XVIII que la Casa Domecq nos ha cedido generosa y amablemente en la calle Quintos número 1, y que cuenta con capacidad suficiente para las distintas salas que deseamos instalar, además de dos patios andaluces donde celebraremos actos públicos.

—Sigue, sigue, que esto del museo es muy interesante.

—Según la orden ministerial de creación del Museo del Arte Flamenco, los fondos del mismo serán propiedad del Estado. La cátedra, como promotora de su fundación, es la encargada de recopilar materiales, organizar la instalación y cuidar de la conservación de dichos fondos. Si algún día, por cualquier circunstancia, el museo desapareciera —Dios no lo quiera—, todos estos fondos pasarán al Museo Provincial de Bellas Artes para que no se pierdan nunca. El Estado velará siempre por ellos.

—Juan: seguiremos con el museo.

Nos tomamos unas copas y nos fuimos a unas bodegas, donde tenía yo que hablar con un capataz famoso...

AMORES

Fotos: Peña Cáceres.

SEVILLA



TERCIO SINDICAL.—En la Casa de Sindicatos, en acto presidido por el delegado, se verificó en la mañana de ayer la proclamación de candidatos a concejales por el tercio sindical.



BOTADURA.—Ayer se efectuó, en la factoría de Astilleros Españoles, de Sevilla, la botadura del buque «Danilovgrad», construido por encargo de la compañía Prekookeanska Plovidba, de Yugoslavia. Doña Paulina Martín de Tornos fue madrina del nuevo buque. (Foto F. Serrano.)



VISITANTES FRANCESES.—Un grupo de franceses, participantes en la convención de una importante firma europea que se desarrolla en Sevilla, visitaron ayer los principales monumentos de la ciudad. (Foto F. Serrano.)

entrevistas en 4 capítulos

y 4

JUAN DE LA PLATA

Por Francisco AMORES



EL MUSEO NO SERA NUNCA COSA EXCLUSIVA DE JEREZ; PRETENDEMOS QUE LO SEA DE ESPAÑA, PERO CON SEDE EN JEREZ

EL CENTRO DE ESTUDIOS DE MUSICA ANDALUZA Y DE FLAMENCO REALIZA POCA ACTIVIDAD POR FALTA DE FONDOS, PESE A ESTAR PATROCINADO POR LA UNESCO

ESO QUE DICEN ALGUNOS ARTISTAS DE QUE LOS FLAMENCOLOGOS NO SIRVEN PARA NADA ES UNA BARBARIDAD

FINAL de las entrevistas con este hombre que viene desarrollando una labor digna de todo elogio. Juan de la Plata, por otro lado, tiene perfectísimo derecho a que yo lo deje tranquilo y no le robe tantas horas, que él precisa para infinita tarea.

—Sí, sí. El museo no será nunca exclusiva cosa de Jerez. Pretendemos que sea, más bien, el Museo Flamenco de España, con sede en Jerez. Aquí estarán representados todos los grandes artistas de Andalucía, toda la historia flamenca de nuestra región y de más allá de nuestras fronteras. Si hiciéramos una cosa localista, sería minimizar una idea que puede ser muy importante.

—¿Tan importante?...

—Creo que lo es ya, tanto desde el punto de vista cultural y artístico, como desde el turístico. Y a Jerez le hace falta centros de atracción turística como este, y como puede serlo también la Escuela Andaluza de Equitación, creada por mi gran amigo Alvaro Domecq.

—¿Qué habrá en el Museo? ¿Qué contendrá?

—Esas preguntas me las hacen muchos. Apunta, apunta; en primer lugar, toda la documentación sonora de las voces de nuestros más grandes cantaores, recogida en discos antiguos o microsurcos, fonogramas y cintas magnetofónicas. Libros sobre el tema, fotografías y todo lo que sea material de investigación y archivo. Luego, pinturas y esculturas, instrumentos —guitarras y castañuelas—, vestuario artístico, azulejos y cerámicas, recuerdos personales de grandes figuras, etc., etc. En resumen: todo lo que tenga alguna relación con el mundo flamenco...

—Ahora mismo, y sobre el particular, ¿qué hacéis?

—Estamos en la fase de recopilación de materiales, mientras tanto se realizan las obras de adaptación del edificio destinado a museo. Nos estamos dirigiendo a muchas personas, que sabemos guardan objetos importantes, solicitando su colaboración. Pero, naturalmente, todos los aficionados que quieran donar algo no tienen más que mandarlo por Correos, o por medio de una agencia de transportes a la Cátedra de Flamencología. Todo será bien recibido, y de todo acusaremos recibo, con nuestra gratitud por colaborar en favor de una empresa que no es sólo nuestra, sino de toda España.

—Inauguración del museo. Dame una fecha...

—¿Que te dé una fecha? Me gustaría que fuera para las vísperas de la próxima Feria del Caballo. Pero si no fuera posible, más adelante, en el verano. Desde luego, en 1974 ya estará abierto al público y en pleno funcionamiento el Museo de Arte Flamenco. Domecq nos está ayudando al máximo para que ello sea realidad. Sólo nos hace falta la colaboración decidida de los organismos oficiales y de todos los particulares que quieran aportar su granito de arena a esta idea.

—Juan, las peñas, ¿qué aportan al flamenco?

—Mucho y bueno. Por de pronto, realizan una labor callada y positiva, digna de todo elogio. Especialmente en la recuperación de viejos estilos y en la promoción de los jóvenes valores. Ahí tienes, sin ir más lejos, la labor que lleva a cabo, en tal sentido, la Peña Juan Breva, de Málaga, y la Peña Los Cernícalos, de Jerez. Esta última ha celebrado recientemente, por segunda vez, su certamen de guitarra flamenca, único en España, que es todo un ejemplo a seguir. Y la Tertulia Flamenca de Ceuta viene sacando adelante, con grandes apuros, su boletín «Flamenco», que nos une a todos en una común tarea. Su presidente, Paco Vallecillo, es el aficionado más entusiasta que conozco. Si hubiera muchos como él, el flamenco estaría más alto todavía.

—Eso lo puedes decir a voz en grito, querido Juan. Si tú supieras, de verdad,

«LA RUTA DEL FLAMENCO», PARA BIEN O PARA MAL, SE HA ENSANCHADO Y ALARGADO DEMASIADO

lo que lucha Vallecillo. ¡Ay, Dios mío!

—¡Ah! Cierto. Tú eres paisano de él, ¿no?

—Sí, hijo; Paco es víctima de su tremenda afición por el flamenco. Dime, ¿es cierto que en Madrid existe un centro subvencionado por la UNESCO?

—Tengo el honor de pertenecer a él, en representación de la Cátedra. Se trata del Centro de Estudios de Música Andaluza y de Flamenco, creado hace cinco años, en el seno del Instituto de Cultura Hispánica, y que preside el conde de Montarco. Desgraciadamente, realiza poca actividad, según creo, por falta de fondos, pese a ese patrocinio que le presta la UNESCO.

—Tu Cátedra, ¿qué flamencólogos más destacados pertenecen a ella?



—Verás: Pérez Celdrán, Ríos Ruiz, Antonio Murciano, que es subdirector de la misma; Blas Vega, Fernando Quiñones, Caballero Bonald, Teresa Martínez de la Peña, González Climent, Amós Rodríguez Rey, Manolo Barrios, Pepe Luque, Antonio Mata, Domingo Manfredi Cano, Tomás Borrás, Pepe Navarro, el profesor García Matos, Manolo Fernández Peña, Luis Suárez, Antonio Benítez Manosalbas, el pianista flamenco José Romero y otros que no recuerdo ahora. Además, la Cátedra cuenta con un buen número de miembros activos, radicados en Jerez, que prestan a la misma su permanente atención durante el año.

—El cante, los cantaores...

—Te diré que soy de los que creen en la total ascendencia andaluza del flamenco. El cante recibió, naturalmente, en el transcurso de los tiempos diversas influencias que todavía prevalecen. La más fuerte, la más perecedera, es la de los gitanos que llegaron a estas tierras y aquí se asentaron y permanecen. Desde entonces, ellos tienen la capitanía del cante. En el baile y en la guitarra, también hay muy buenas figuras gitanas. Pero es en el cante donde más destacan. Esto lo sabe todo el mundo y es justo reconocerlo así, porque es verdad.

—Vamos con los mejores cantaores...

—En principio, te diré que, sobre gustos, cada cual tiene el suyo, y que no me gusta ni me ha gustado nunca pontificar. Por otra parte, no quisiera que nadie se enfadara porque tengo muchos y muy buenos amigos que son, a la vez, grandes artistas. Pero si no tengo más remedio que contestarte, te diré que, aparte la voz inmarchita en discos de mi paisano Manuel Torre, que suena todavía como si fuera una voz de ultratumba, como la más flamenca, la más «jonda» y la más gitana, para mí hay muy pocos que hayan llegado a satisfacerme plenamente. Empezando por los más viejos, te recordaré el cante impresionante de mi llorado amigo Juan Talega; el eco de mi tío Tomás Torre, haciendo los cantes de su padre, Manuel; la angustia por seguiriyas y soleá de tía Anica la Piriñaca, la mejor cantora de Jerez en los últimos cincuenta años; la soleá lastimera y doliente de La Fernanda; el negro sonido de Fernando Terremoto, y la ciencia, el arte y dominio de todos los cantes en mi admirado amigo y gran maestro de esta época Antonio Mairena. También me gustan Fosforito, Chocolate, Lebrijano, Menese, La Paquera, María Vargas y el primitivismo racial de mi paisano Manolo Agujeta; sin olvidar aquella fabulosa voz del pobre Caracol...

—He leído, Juan, que los flamencólogos no sabéis nada de flamenco.

—Lo dicen algunos artistas. Y añaden que ellos son los únicos que saben, que los flamencólogos no sirven para nada. Eso es una barbaridad como un templo de grande. Ya he dicho que hay flamencólogos serios, verdaderas autoridades en la materia. Aunque también hay quienes, sin saber hacer «son» ni distinguir un fandango de una soleá, se atreven a poner la palabra flamencólogo debajo de su nombre. Puedo atestiguarlo, porque yo he recibido más de una tarjeta de visita así. Y más de dos. Creo que los flamencólogos —la palabra es más española que la de folklorista, que esa sí que no me gusta nada— han hecho mucho bien al arte de nuestra tierra. Lo han levantado, lo han defendido y le han dado proyección universal. Todo ello, naturalmente, ha repercutido enormemente —y bien que nos alegramos de ello— en la promoción artística y social de los intérpretes. Muchos que hace diez años, sin ir más lejos, cobraban quinientas pesetas por actuar en un festival, piden hoy tres mil duros. Y eso lo deben, precisamente, a los flamencólogos que ellos atacan sin ton ni son. Por otra parte, los flamencólogos —insisto en que sólo soy un aficionado más— siguen trabajando en pro de estos valores musicales del pueblo andaluz y velando por su pureza. Indudablemente, hay que reconocerlo en justicia, que gracias a los flamencólogos —estudiosos del flamenco—, nuestros cantes y bailes han prevalecido, tras la crisis por la que atravesó en los años cuarenta. Los artistas más conscientes así lo han reconocido.





—Juan, tenemos que poner punto final. ¿Sobran o faltan nuevos festivales?

—La «Ruta del Flamenco», no sé si para bien o para mal, se ha ensanchado y alargado demasiado en los últimos años. Desgraciadamente, se organizan ya festivales sin motivo ni razón. Esto tiene que hacer, forzosamente, mucho daño al arte flamenco. Porque esos festivales, casi siempre organizados por grupos ajenos a entidades flamencas de reconocida solvencia, vienen a ser como esas corridas de toros a las que sólo acuden los turistas, porque en ellas actúan los fenómenos del tremendismo. Yo propugnaría por la reglamentación de una Ruta del Flamenco —la denominación sí puedes decir que es mía—. Una ruta en la que únicamente estuvieran incluidos los centros geográficos de auténtica tradición y verdadera solera flamenca: Cádiz, el Puerto, Jerez, Lebrija, Utrera, Morón, Triana, Mairena, Córdoba, Málaga, La Unión y muy poquitos más; uno o dos, si acaso.

—¿Y las demás poblaciones?

—Aquellas que deseen hacer algo de flamenco, que organicen concursos locales o comarcales para incrementar la afición y descubrir valores. Pero ello, asesorados siempre por una peña flamenca que se responsabilice de la organización.

A noventa por hora se fue Juan de la Plata de mi lado. Tenía mucho que hacer. Nosotros, los que tenemos algo más de tiempo, ¿vamos a dedicarle una ovación por lo mucho bueno que realiza en favor del cante? ¿Vamos? Pues allá va. Juan...

AMORES

Fotos: Peña Cáceres.